

## JOSE MARÍA JOVER EN LA HISTORIOGRAFÍA ESPAÑOLA

Ángeles EGIDO LEÓN

UNED

A la hora de dedicar una líneas a José María Jover Zamora, a don José María, como siempre le llamamos los que tuvimos la suerte de beneficiarnos de su magisterio, son muchas las facetas de su carácter, de su obra y de su personalidad, en definitiva, que vienen a la cabeza. Pero entre todas ellas yo quisiera centrarme en tres, que creo, por otra parte, marcaron su trayectoria profesional y humana: una, la docencia; otra, la investigación; y, finalmente, su trato. Las tres confluyeron en lo que sin duda puede denominarse su magisterio, porque Jover adquirió la categoría de *maestro* por la mezcla fecunda de las tres.

En cuanto a la docencia, es conocida la distinción que suele hacerse entre historiadores que escriben la historia e historiadores que saben enseñarla. Pues bien, don José María pertenecía a esa, cada vez desgraciadamente más escasa, especie de profesionales que sabían conjugar a la perfección ambas facetas. Me voy a permitir una licencia al referirme a mi propia experiencia personal. Cuando inicié la especialidad de Historia Contemporánea en la Universidad Complutense de Madrid, durante el curso 1976-1977, Jover fue el primer profesor que supo convertir una asignatura dura, árida, densa y difícil, en algo vivo, que iba mucho más allá de la mera sucesión de fechas y datos y se implicaba en la trayectoria de los pueblos. En la trayectoria —como hubiera dicho él— de una civilización. A él le debo, sin duda, el entusiasmo por la Historia. Entusiasmo que, como en su día el propio Jover aseguró en su discurso de entrada en la Real Academia de la Historia, siempre conservó y que es, coincidiremos todos, la condición primera para saber enseñarla, para ser capaces de comunicarla. Y eso lo transmitía Jover en sus

clases de la Universidad Complutense, impartidas con rigor, con minuciosidad, pero sobre todo con un enfoque nuevo, profundo. Con un enfoque en el que por primera vez vislumbré, por ejemplo, la interrelación entre la historia de España y la historia de Europa, o la interrelación fecunda entre la Historia y la Literatura.

Lo segundo que quiero mencionar es su obra. Jover pertenecía también aquí a una rara, por lo infrecuente, especie de historiadores. Aquellos que marcan época, que abren puertas, que hacen escuela. Fue de los pocos investigadores a los que se recordará siempre por obras que han marcado pauta. Y me vienen a la cabeza aquí sus estudios más divulgados: *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea*; su edición crítica de la novela de Sender *Mr. Witt en el Cantón*; su contribución al conocimiento del siglo XIX español, especialmente la Era Isabelina y el Sexenio, a partir de Jover, *democrático*; y su trabajo *Caracteres de la política exterior española del siglo XIX*, del que todos los que nos hemos acercado al estudio de las relaciones internacionales nos consideramos invariablemente deudores.

Es sobradamente conocida su trayectoria historiográfica que fue a la vez coherente y ambiciosa. Coherente porque fue avanzando sin desviaciones bruscas desde la historia moderna hasta la historia contemporánea, desde la historia de España hasta la intersección con la historia universal. Ambiciosa porque no se conformó con especializarse en un campo, esa tendencia tan generalizada últimamente, no por pragmática menos peligrosa, sino que tocó varios con seriedad y en profundidad: la historia social, las relaciones internacionales... Trayectoria que se forjó a su vez al hilo de una intensa vida académica marcada por tres etapas: una primera, de formación, que transcurrió entre Cartagena, Murcia y Madrid y se cerró con la publicación en 1949 de su tesis doctoral: *1635. Historia de una polémica y semblanza de una generación* y su acceso a la cátedra de Historia Universal Moderna y Contemporánea en 1950. Una segunda, desarrollada en la Universidad de Valencia, en la que conjugó la consolidación profesional con la ampliación de horizontes. Y una tercera, la que conocimos más de cerca, que se inició con su llegada a la Universidad Complutense de Madrid en el curso 1964-1965.

A la primera corresponden sus trabajos sobre el siglo XVII y comienzos del XVIII, en los que manifiesta ya la tendencia a relacionar el mundo de las ideas con el de la política internacional. Durante la segunda realizó sus viajes al extranjero: a Lisboa, a París y Friburgo, y participó en el X Congreso Internacional de Ciencias Históricas, celebrado en Roma en 1955, que le inclinó definitivamente al estudio de las relaciones internacionales.

Publicó en esos años algunas de sus aportaciones más conocidas. Su *Conciencia burguesa y conciencia obrera en la España contemporánea* (primera edición 1952, segunda, 1956); *Política mediterránea y política atlántica en la España de Feijoo* (1956); *La guerra de la independencia española en el marco de las guerras de liberación, 1808-1814* (1958); y su *Carlos V y los españoles* (1963) —recopilación de tres estudios publicados en 1957, 1958 y 1960. En ellas queda-

ron reflejadas ya dos de sus más valiosas contribuciones: el protagonismo que reclamó en la Historia para el pueblo llano y la inserción de la historia de España en la historia universal.

En esta etapa se diversificó también su interés, que, en el ámbito cronológico, pasó del siglo XVII al XIX, decantándose ya claramente hacia la edad contemporánea, y en el temático compatibilizó las relaciones internacionales con temas de historia social. Fue entonces cuando aparecieron su contribución a la *Introducción a la Historia de España*, en el popular, para tantas generaciones de estudiantes, «Ubieto, Reglá, Jover y Seco», que todos hemos manejado y que sigue constituyendo un clásico en las bibliotecas españolas, después de numerosas ediciones (la primera es de 1963). Constituyó éste un singular prólogo de la que será su última y definitiva etapa, la madrileña.

A Madrid llegó en 1964 como catedrático de Historia Moderna de España, embarcándose en la difícil travesía que para todos representó la Universidad española en aquellos, hoy mitificados, años. Enseguida apareció su «Introducción» al volumen XI de la *Historia Universal* dirigida por Walter Goetz (1968), y poco después su artículo «1868. Balance de una revolución», en *Cuadernos para el diálogo* (1976). Aparecieron también sus estudios sobre *Sociedad y Estado en tiempos del Estatuto Real; Situación social y poder político en la España de Isabel II*; y la introducción al volumen IX de la *Nueva Historia de Cambridge* (1972). En 1974 publicó su análisis, imprescindible, sobre *El siglo XIX en la historiografía contemporánea, 1932-1972*, y sobre todo su contribución más personal a la historiografía española, en el sentido de utilizar la literatura como fuente de la historia, que hoy constituyen sus análisis de «El fusilamiento de los sargentos de San Gil (1866) en el relato de Pérez Galdós» y el de los dos primeros capítulos de «La de los tristes destinos». Aquí aparece, a mi juicio, la verdadera dimensión del Jover historiador y del Jover humanista, cuando identifica su concepción ética de la historia con la historia del pueblo español, del pueblo anónimo, de los humildes que mueren sin dejar constancia de su nombre «en ningún manual ni en ningún bronce», como el mismo confesaría en la presentación del volumen *Política, diplomacia y humanismo popular en la España del siglo XIX*.

En octubre de ese mismo año, 1974, pasa a ocupar la cátedra de Historia Universal Contemporánea en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Complutense, que quedó vacante tras la jubilación del maestro don Jesús Pabón. Enseguida se hace cargo de la dirección de la Historia de España que fundara don Ramón Menéndez Pidal, para cuyo tomo XXXIV escribirá su «Prólogo» a *La era isabelina y el sexenio democrático, 1834-1874* (1981). Consolida así una denominación más ajustada a la realidad y desposeída del tono peyorativo que tenía el calificativo con el que hasta entonces solía identificarse el Sexenio. En 1978 es elegido numerario de la Real Academia de la Historia y poco después nombrado profesor de Historia de las Relaciones Internacionales y miembro de la Junta de Gobierno de la Escuela Diplomática de Madrid. Aparecen sus estudios: *Gibraltar*

en la crisis internacional del 98 (incluido en *Política, diplomacia y humanismo popular*) y *1898: teoría y práctica de la redistribución colonial*, en el que desgrana su magnífico análisis del 98 español como uno más entre los 98 latinos y subraya la dialéctica pesimismo-orgullo nacional como característica constante de la política exterior española.

Puede, por fin, abordar un proyecto largamente acariciado: el estudio sobre *La Restauración*, que prepara la Historia de España Menéndez Pidal, y que anticipa en la síntesis publicada en 1981 en el tomo VIII de la *Historia de España* dirigida por Manuel Tuñón de Lara. El año siguiente, 1982, se publica el texto de su discurso de ingreso en la Real Academia de la Historia sobre *La imagen de la Primera República en la España de la Restauración*, uno de esos temas, como el mismo confesó, «sobre los cuales vuelve uno consciente o subconscientemente, con reiterada insistencia, quizá por responder a motivaciones vitales y afectivas de las que subyacen a la misma condición intelectual del autor».

Es un periodo marcado por la dirección de una empresa historiográfica de envergadura (la Historia de España Menéndez Pidal), en el que no descuida ni la docencia ni la investigación. Etapa en la que destacan su trabajo *De la Ilustración al 98: cambio político y cambio generacional, caracteres del nacionalismo español*, presentado al Simposio sobre posibilidades y límites de una historiografía nacional, y publicado en 1984; o su artículo para la *Revista de Occidente* (1986) sobre *La percepción española de los conflictos europeos*.

Pero tal vez, por el tiempo y la intensidad dedicados, merece atención especial la edición crítica de la novela de Ramón J. Sender *Mr Witt en el cantón*, publicada en 1986, que representa su primera incursión en la época inmediatamente contemporánea, en la guerra civil, en tanto la novela de Sender anticipa, presiente, el conflicto que dividiría después a los españoles en dos bandos cruentamente enfrentados, y su reencuentro con una vieja pasión: la literatura. Retoma también Jover, en estos últimos años, los orígenes cronológicos de su obra. Vuelve a los siglos xvii y xviii, publicando «España y los tratados de Utrecht», en *La época de los primeros Borbones*, tomo XXXIV, volumen 1, de la Historia de España Menéndez Pidal (1985), en colaboración con Elena Hernández Sandoica; y trabajando en «La imagen de Europa y el pensamiento político internacional» en *El siglo del Quijote, 1580-1680*, en el tomo XXVI de esa misma obra, en colaboración con María Victoria López-Cordón.

En el conjunto de una obra rica y matizada, creo que constituye mi obligación destacar aquel aspecto del que, individualmente, más me beneficié: las relaciones internacionales. Su compromiso con esta parcela del quehacer histórico arranca de muy pronto, de sus tesis doctoral, en la que analizaba las implicaciones ideológicas de los publicistas de la monarquía hispánica engarzados en la imagen de su contexto exterior. Años más tarde, en 1963, volvería sobre esquemas parecidos al estudiar los «Caracteres de la política exterior de España en el siglo xix», en el tomo II del *Homenaje a Johannes Vincke*, analizando las «coordenadas europeas»

de nuestra historia nacional. Muestras de su buen hacer en este campo quedaron en la Escuela Diplomática, donde impartió un curso sobre «Las relaciones internacionales entre 1870 y 1945» y, sobre todo, en ese esfuerzo de recopilación de los principales textos de la política exterior de España desde la paz de Utrecht hasta la crisis de la Sociedad de Naciones.

Recapitulando sobre estas pequeñas reflexiones tengo la sensación de que se me escapan muchas cosas. Se me escapa desde luego el valor de su obra modernista, que otras voces más autorizadas que la mía han subrayado suficientemente. Me resulta difícil transmitir en unas pocas páginas la dimensión humana y profesional del profesor Jover, del catedrático de la Complutense, del académico de la Historia, del Premio Nacional de Literatura en 1963, de Historia en 1981 y Menéndez Pidal en 2000, pero sobre todo del Jover maestro, del Jover humano que contribuyó decisivamente a ampliar los horizontes de muchas generaciones de alumnos y de no pocos discípulos, entre los que tuve la inmensa fortuna de poder contarme.

No voy a ser yo quien descubra la indudable aportación historiográfica de don José María. Historia social, historia del siglo XIX, historia de las relaciones internacionales..., todas tratadas con la mejor profesionalidad, el mayor rigor y una indudable calidad de pluma, cualidad que me consta el profesor Jover siempre reivindicó y cuidó con esmero. Pero a la hora de resaltar algunos rasgos, en medio de esa intensa trayectoria académica y humana, me permito hacer hincapié en los siguientes: su propósito, magistralmente logrado, de tratar los temas históricos de forma analítica y comparativa, dejando al lado la tradicional historia narrativa; su defensa de una visión integral de la historia; el sentido ético que subyace, enriquece y vertebrata una obra tratada siempre con el mayor rigor conceptual; su interés en abrir nuevos horizontes al alumnado. Y, sobre todo, lo que desde mi punto de vista constituye la mayor deuda de la historiografía contemporánea con el profesor Jover, especialmente en el campo de las relaciones internacionales: el haber sabido desmontar la tesis de la excepcionalidad de la historia de España en el conjunto de la historia universal.

Pero no quiero, ni puedo, terminar sin hacer referencia a lo que para mí fue siempre lo más sobresaliente de don José María: su trato. Jover reunía las cualidades que convierten a un profesor en maestro: la humildad y el saber, el rigor y la sencillez. No creo equivocarme si concluyo afirmando lo que sin duda es un lugar común para todos aquellos que le conocimos y tuvimos el privilegio de conversar con él. Don José María era, por encima de todo, una gran persona.